

En la vanguardia del ala izquierda, Carlos de Valois, conde de Auvernia, y Givry mandaban cada uno de ellos un escuadrón de caballería ligera y flanqueaban la artillería; en la del centro, el barón de Birón, hijo del mariscal, cubría con 200 caballos el escuadrón del rey. La fuerza del ejército real radicaba en sus 2.000 hidalgos montados en pelo. Las guerras civiles habían modificado el armamento y la táctica: la caballería ya no iba armada con lanzas, sino con pistolas, y en vez de cargar en líneas distantes entre sí treinta ó cuarenta pasos, marchaban en filas apretadas. El escuadrón real formaba á cinco líneas de fondo.

También Mayenne había distribuido su caballería entre sus tropas de infantería, permaneciendo él en el centro, enfrente del rey, y teniendo agrupados á su alrededor casi todos sus caballos, su compañía y la del duque de Nemours que componían un total de 500 caballos, los 1.200 lanceros walones del conde de Egmont y 400 carabineros ó arcabuceros montados. Con esta masa pensaba aplastar á su adversario.

El gran maestre de la artillería real, Filiberto de la Guiche, rompió el fuego con sus cuatro grandes cañones y sus dos culebrinas, matando á algunos hombres del ejército enemigo. Rosne, que mandaba la caballería ligera de Mayenne, atacó al mariscal d'Aumont y fué enérgicamente rechazado; en cambio los raitres de la Liga lanzáronse contra la caballería ligera introduciendo el desorden en sus filas. Contra esta tropa desunida cargaron los lanceros walones que convirtieron el espanto en derrota; el barón de Birón, que intentó coger de flanco á los asaltantes, fué herido y sus soldados sufrieron la misma suerte que la caballería ligera; y los walones, dueños del campo, desde la grupa de sus caballos golpeaban, por bravata, la artillería enemiga y derribaban los cañones en medio del polvo. La victoria parecía decidirse por Mayenne.

Un gran número de fugitivos del ejército real se habían refugiado en el cuerpo que mandaba el mariscal de Birón, y la fuerza de esta reserva se había aumentado, además, con algunos centenares de jinetes que acababa de llevarle d'Humieres. Birón envió estos últimos en auxilio del mariscal d'Aumont, que se hallaba al descubierto en el ala izquierda, y con el resto de sus tropas avanzó enérgicamente contra los walones, que, á su vez, hubieron de retroceder.

Mayenne, comprendiendo que había llegado el momento de intervenir en el combate, reunió á los walones y, seguido de los arcabuceros montados, lanzóse contra el escuadrón del rey. Enrique, dirigiéndose á sus soldados, les arengó en esta forma: «Compañeros, Dios está con nosotros; ahí vienen sus enemigos y los nuestros; aquí tenéis á vuestro rey. ¡A ellos! Si desaparecen vuestros estandartes, sárvaos de gufa mi penacho blanco, al que encontraréis en el camino de la victoria y del honor.»

En pos del monarca cargó con furia la nobleza, y aunque el fuego de los carabineros le causó grandes bajas, abrióse paso entre las filas de los ligeros y se introdujo en ellas, trabándose entonces un combate cuerpo á cuerpo en el que la espada y la pistola hicieron prodigios contra las lanzas de los walones. El conde de Egmont recibió un pistoletazo que le destrozó la cabeza y sus tropas se desbandaron y huyeron. Enrique

salía de la refriega, seguido apenas de una veintena de compañeros, cuando avanzaron hacia él tres compañías walonas que no habían entrado en acción, y su pérdida habría sido segura si Givry, el conde de Auvernia y el mariscal d'Aumont no hubiesen tenido tiempo de acudir en su auxilio y de poner en dispersión á los agresores. Entonces toda la caballería de Mayenne emprendió la fuga.

Su infantería permanecía intacta en el campo de batalla. Por un momento pensaron los realistas lanzar contra los suizos al mariscal de Birón, que no había combatido; pero éste, que conocía por experiencia la fortaleza de los montañeses, se negó á exponer la victoria á los azares de una nueva acción, y por consejo suyo el rey hizo que la artillería los cañonease como si se tratara de una fortaleza, al mismo tiempo que hacía llegar hasta ellos palabras de paz. Los suizos se rindieron en las condiciones más favorables y de iguales ventajas disfrutaron los franceses que se habían refugiado en sus filas; en cambio los lansquenets, en represalias de lo de Arques, y el resto de la infantería francesa fueron asesinados (14 de marzo).

Los ligeros huían, unos hacia Chartres, otros hacia Mantes; el rey lanzóse en su persecución y no se detuvo hasta las puertas de esta última ciudad en la que acababa de refugiarse Mayenne. Eran las nueve de la noche; Enrique había corrido ocho leguas y permanecido doce horas á caballo.

La huida fué tan mortífera como la batalla, perdiendo en ella los ligeros muchos millares de hombres y dejando en poder de los realistas el «estandarte blanco, el de la generala de los españoles, el del coronel de los raitres, otros diez y seis de caballería y ochenta banderas de las tropas de á pie.»

El mismo día sufrían otra derrota en el centro de Francia: el conde de Randau, gobernador de Auvernia en nombre de la Liga, era derrotado y muerto en la llanura de Issoire (14 de marzo de 1590), y el partido realista adquirió la preponderancia en aquella provincia.

La batalla de Ivry no había sido más que un combate de caballería en el que el rey había realizado proezas de paladín al frente de los hidalgos. El relato oficial ó *Discours véritable de la victoire* («Verdadero discurso de la victoria»)... exaltó á la valiente nobleza, asociándola á la gloria del rey: su fidelidad no «resplandecía» menos que su valor; «si existe rebelión, procede del lodo y del fango del pueblo excitado é impresionado por las facciones de los extranjeros.»

El monarca se presenta como jefe de la clase militar; la acaricia y la halaga y la trata con consideración hasta en las filas enemigas. Durante el combate, había recomendado varias veces que se respetara á la nobleza francesa.

La noche de la batalla sentó á su mesa, contra lo que las leyes de la etiqueta disponían, á los jefes de su ejército, declarando que los que corren los mismos peligros son dignos de compartir los mismos honores. Crefase seguro del triunfo y no concebía que la burguesía y el pueblo de la Liga osaran resistirle... «No con las murallas, dice el *Verdadero discurso*, sino con los hombres puede hacerse la guerra; y ellos (los ligeros) están bien convencidos de que ya no los tienen...»

CAPÍTULO II

SITIO DE PARÍS (I)

I. El asedio.—II. El hambre.—III. El aislamiento después de la liberación

I.—El asedio

Tan inesperada era en París la noticia de la derrota de Ivry, que los Diez y seis, que fueron los primeros en tener noticia de ella, temieron que se produjera un cambio en el espíritu público y que sobreviniera una defección general. Para preparar la opinión echaron mano de uno de los predicadores más populares, el padre Cristino, de Niza, quien subió al púlpito el día 14 y desarrollando el tema *Quos bene amo, arguo et castigo*, hizo el relato de la prueba á que Dios acababa de someter á su pueblo fiel. Los parisienses, al pronto consternados, se rehicieron en seguida y no quisieron oír hablar de acuerdo alguno con el rey de Navarra; y si alguien manifestaba sentimientos pacíficos, lo mataban á golpes ó lo arrojaban al Sena, habiendo despachado de este modo más de veinte personas. La lentitud de Enrique IV dióles, además, tiempo de familiarizarse con la idea de un sitio; en efecto, el vencedor perdió quince días en Mantes, debido á que algunos de los grandes señores que formaban su corte encontraban que triunfaba demasiado de prisa y procuraban eternizar la guerra, retardando la llegada de las municiones y de la artillería que se necesitaban para atacar París.

El rey, en cuanto pudo reanudar las operaciones, dirigióse á Corbeil, cuyas puertas le abrió el gobernador, pasó á la orilla derecha, se apoderó de Melún, Provins, Bray-sur-Seine y Montereau, é intentó, aunque sin éxito, tomar Sens. Muy pronto estuvieron en su poder todas las plazas fuertes de los alrededores de París, salvo Saint-Denis, cuyo sitio emprendió al mismo tiempo que el de la capital. A principios de mayo, comenzó el asedio de París; pero los dos meses transcurridos desde la jornada de Ivry habían sido aprovechados por la Liga, que había nombrado gobernador de la plaza á un hermano uterino del duque de Mayenne, el duque de Nemours, joven de veintidós años que, á falta de experiencia, demostró mucho celo y actividad. La población, que se había rebelado contra Enrique III cuando éste quiso introducir suizos y guardias franceses en la ciu-

dad, llamó en su auxilio á 800 arcabuceros franceses y una guarnición extranjera compuesta de 1.200 veteranos alemanes y 500 suizos. Para guarnecer las murallas púsose en pie de guerra toda la milicia ciudadana, proporcionando cada uno de los diez y seis barrios 3.000 hombres bien armados. El duque de Nemours creía que estos soldados ciudadanos cumplirían con su deber al abrigo de las fortificaciones; pero, á pesar de su entusiasmo, no quiso probarlos nunca en campo raso, así es que una ciudad de 220.000 habitantes, defendida por una guarnición de 50.000 hombres, se dejó sitiarse por los 12 ó 13.000 soldados de Enrique IV. Pigaffetta, viejo capitán italiano que formaba parte del séquito del legado, compara á esos guerreros de murallas con los perros que ladran furiosamente en la puerta de la casa sin jamás aventurarse fuera de ésta.

De todos modos, la casa estuvo bien guardada. El primero y casi único combate se trabó el 12 de mayo: los realistas intentaron apoderarse del arrabal Saint-Martin, pero los arcabuceros, resguardados en el interior de las casas y diseminados por las viñas, los contuvieron con su fuego; La Noue, que en medio de las balas trató de reunir y arrastrar á sus soldados, perdió el caballo y recibió una herida en el muslo. El fracaso experimentado delante de las improvisadas trincheras de un arrabal, convenció á Enrique IV de que con su pequeño ejército jamás podría forzar las murallas de la ciudad y las barricadas defendidas por toda la población, y en su consecuencia resolvió rendir París por el hambre y convirtió el sitio en bloqueo.

La derrota de los realistas hizo que subiera al colmo el entusiasmo de los parisienses. La Iglesia ya no se contentaba con alzar las manos al cielo para atraer sobre sus defensores la bendición del Dios de los ejércitos, sino que tomaba las armas y se apercebía á combatir. El día 14 de mayo se efectuó la revista de las fuerzas eclesiásticas, compuestas de 1.300 frailes y de algunos sacerdotes; los capuchinos, los cartujos, los fuldenses y los carmelitas habían, proporcionado los contingentes más numerosos. Detrás del Crucifijo y de la imagen de la Virgen que les servían de estandartes, desfilaron aquellos religiosos por las calles, de cuatro en cuatro, con la capucha hacia atrás y el hábito remangado; Rose, el obispo de Senlis, era su jefe, y el párroco de San Jacobo, Pelletier, sargento de batalla, corría de un extremo á otro de la columna, alineando las filas, arreglando la marcha y compensando, dice de Thou, la desigualdad de sus piernas con la rapidez de sus movimientos. El legado del Papa, Caetani, que los halló á su paso, les dió la bendición y los saludó con el nombre de Macabeos; quisieron ellos entonces disparar una salva en su honor, mas como estaban poco acostumbrados á manejar el arcabuz, mataron á uno de los que le acompañaban é hirieron á un criado de la embajada de España. Costó gran trabajo calmar aquel entusiasmo homicida.

La fe infundía valor á los más tímidos y contenía á aquella población tan inquieta, tan indócil, tan amiga de sus comodidades y de su placeres, haciéndole arrostrar valientemente los peligros de un sitio; por esto los hombres que tomaron la dirección de la defensa, es decir, el duque de Nemours, el Legado y el embajador de España, Mendoza, trabajaron, con la ayuda de los predicadores, para mantener y excitar las pasiones reli-

(1) FUENTES: *Lettres missives de Henri IV*, III. *Mémoires de la Ligue*, IV. L'Estoile, IV y V. Corneio, *Histoire du siège de Paris*, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», VII, 1880. *Relation de Pigaffetta*, ídem, II, 1876. *Mémoires d'Etat*, de Villeroi, II, 1665. *Journal du siège de Paris en 1590*, publicado por A. Franklin, 1876. *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnesio por el capitán Alonso Vázquez*, «Colección de Documentos inéditos para la historia de España», LXXII-LXXIV. *Archives curieuses*, XIII. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*. D'Aubigné, VIII. De Thou, XI. Pedro Matthieu, *Histoire de Henri III*, 1631. Dupleix, *Histoire de Henry le Grand*, 1633. Davila, *Historia delle guerre civili di Francia*, 1644, II. Dondini, *Historia de rebus in Gallia gestis ab Al. Farnesio*, 1750.

OBRAS DE CONSULTA: Labitte, *De la démocratie chez les prédicateurs de la Ligue*, 2.ª ed., 1866. Poisson, *Histoire de Henri IV*, 1865, I. Manfroni, *La legazione del cardinale Caetani in Francia*, 1588-1590, 1893. L'Epinois, *La Ligue et les papes*, 1886. P. Ro, biquet, *Histoire municipale de Paris*, tomo III: *Règne de Henri IV*, 1904.

glosas. La víspera de la muerte de Carlos X, el fantasma de rey que se había dado la Liga, la Sorbona, para cortar de raíz todo compromiso con Enrique IV, había condenado como herejes á todos los fautores del rey de Navarra y declaró, con gran indignación de Sixto V, que el pretendiente, aun absuelto «de sus crímenes y censuras,» no podría ser rey de Francia (7 de mayo). Los teólogos de París fueron sometidos al tribunal de la Inquisición romana por este exceso de celo que ponía en tela de juicio la omnipotencia pontificia; pero Caetani, que se había lanzado en cuerpo y alma á la lucha, interpretaba á gusto de sus personales sentimientos las instrucciones de la Santa Sede, excitaba á la guerra y amparaba con su autoridad todas las medidas de resistencia.

II.—El hambre

Desde los primeros días del sitio advirtiéndose que no tardaría en faltar el pan. Mientras el rey rondaba la ciudad, los defensores habían hecho algunas provisiones, recogiendo 3.000 almudes de trigo, avena y otros cereales, y 10.000 moyos de vino. Casi la mitad de la población había abandonado la ciudad, pero se habían quedado en ella 30.000 mendigos, y muchos aldeanos de los alrededores se habían refugiado en el recinto y acampaban en los patios de los colegios con sus bueyes y sus carneros. Había en París más de 100.000 bocas que era preciso alimentar, y se calculaba que racionándose bien, podría resistirse un mes. Á fin de aumentar los recursos, la municipalidad mandó hacer requisas en las casas particulares y en los conventos, y todos los cereales que en unas y otros se recogieron destináronse á la alimentación de los soldados y de los indigentes. Un ciudadano llamado Lamy convenció á la municipalidad de que escogiera en cada barrio un panadero á quien facilitaría trigo al precio de cuatro escudos el sextario con la condición de vender á los pobres el pan á seis blancos la libra.

El embajador de España, Bernardino de Mendoza, distribuía diariamente 120 escudos de pan, y el Legado daba su vajilla de plata para pagar á las tropas. Fué preciso hasta vender los ornamentos de las iglesias y fundir los vasos sagrados que no eran indispensables al culto, y los tesoros de orfebrería, si bien con la esperanza de reemplazar dentro de tres meses todas estas riquezas perdidas. Pero ¿estaría libertado París dentro de tres meses?

En junio comenzó á escasear el trigo. «A la caída de la noche, sólo se encontraban hombres y mujeres... que exponían su miseria con palabras y actos, pidiendo pan á grandes gritos y rechazando las más de las veces el dinero que se les ofrecía, porque muchos tenían lo uno y carecían de lo otro.» En las calles, se instalaron de trecho en trecho grandes marmitas en donde hervía una mezcla de avena y salvado: era la sopa de los hambrientos cocida, como ellos decían, en las calderas de España. El pueblo sufría y sin embargo tenía paciencia; y pasaba el día en las iglesias en donde los predicadores predicaban mañana y tarde, manteniéndole en su resolución y en sus esperanzas, afirmándole que el duque de Mayenne y el duque de Parma acudían en su socorro y prometiendo el Paraíso á los que muriesen.

Las mujeres decían «á sus maridos que antes que rendirse por hambre preferirían comerse á todos sus hijos.» Además de los sermones engañaba los padecimientos del hambre el espectáculo de las ejecuciones: de cuando en cuando, el descubrimiento de algún complot llevaba á la plaza de Greve á algunos agentes realistas, pudiendo citarse entre ellos á Regnard, procurador del Chatelet, á Noiret, trompetero y vocero jurado, y á muchos más á quienes el verdugo extrangulaba y ahorcaba con gran contento de los fanáticos.

Felizmente para los sitiados aquel año el verano se anticipó y los granos maduraron más pronto. Los parisienses salían en pequeños grupos é iban á coger espigas en las inmediaciones de las murallas, lo cual no dejaba de ofrecer algunos riesgos, pues la caballería de los realistas batían la campaña y cargaba contra estos segadores por fuerza, de los que más de uno volvió á la ciudad cojo, mutilado y cubierto de sangre. Pobres eran los recursos que proporcionaban esta recolección precipitada y tan llena de peligros. Enrique IV, por otra parte, resuelto á acabar de una vez, iba á hacer más riguroso el bloqueo.

Acababa de recibir del centro y del mediodía refuerzos consistentes en soldados é hidalgos á quienes atraía el deber ó la esperanza del saqueo de París. Componíase entonces su ejército de 25.000 hombres de tropas excelentes y desde el 9 de julio era dueño de Saint-Denis; el 27 de julio mandó ocupar todos los arrabales de la orilla izquierda, cayendo en su poder hasta la abadía de Saint-Germain-des-Prés, que formaba una especie de fortaleza aislada delante de las murallas, quedando por éstas limitada por este lado la plaza. Agotábanse las provisiones de los sitiados: el vino, que abundaba en los comienzos del sitio, comenzaba también á escasear; el pueblo se apoderaba de los caballos, asnos, ratas, gatos y perros, y se mantenía de hierba, de grasa y de sebo; el pan (¡y qué pan!) era sólo regalo de los ricos; la piel de los animales, sus huesos triturados y reducidos á harina, sirvieron de alimento; y hasta hubo quien se atrevió á sacar del osario de los Inocentes las osamentas de los cadáveres para molerlos y fabricar pan.

El rumor de sus padecimientos llegaba al exterior. Los soldados del rey no cumplían tan rigurosamente la consigna que no dejasen entrar en la ciudad algunas provisiones destinadas á los ricos, á los magnates de la Liga y á sus proveedores. Pigaffetta, testigo ocular, afirma que las tiendas de los bodegoneros estuvieron provistas, durante el sitio, de caza y de víveres escogidos. Los grandes señores realistas, dice Palma Cayet, se propasaron hasta el punto de hacer llegar vituallas á manos de sus parientes y amigos; y el mismo Enrique IV mantenía secretamente á su prima, la duquesa de Guisa, y á otras damas. En cambio los menesterosos no tenían protectores y morían, sin socorro, por la buena causa; por lo que el rey, conmovido ante tales miserias, dejó salir de París á los mendigos, á las mujeres, á los estudiantes y hasta á algunos de sus enemigos, á estos últimos mediante el pago de una cantidad.

Con víveres para un mes había resistido París cuatro meses. Los políticos comenzaban á alzar de nuevo la cabeza, y como tantas veces habían sido anunciados los socorros de Mayenne, razón tenían para mofarse de los

ligueros. Contaban con un gran número de aliados secretos, entre ellos el presidente Brissón, quien les alentaba por bajo mano para que hicieran una manifestación en favor de la paz.

Los predicadores descubrieron el complot y el duque de Nemours adoptó las medidas necesarias, dispersó á la muchedumbre que en 8 de agosto invadió el Parlamento pidiendo paz ó pan, mandó ahorcar á uno de los amotinados, y no quiso llevar más adelante la información por miedo de encontrar demasiados cómplices. Entre los manifestantes figuraba el párroco de San Severino, que había sido uno de los primeros organizadores de la Liga.

La necesidad era tan grande que Nemours y los demás jefes de la defensa decidieron abrir negociaciones con Enrique IV, y habiendo preguntado á los teólogos si era lícito ponerse en relaciones con un hereje, un dictamen firmado por tres jesuitas, Belarmino, Félix Vincent y Tyrius, autorizó la entrevista. El arzobispo de Lyon, D'Épinac, y el obispo de París, Gondi, se avistaron con el rey cerca de la abadía de Saint-Antoine y le suplicaron que diera la paz al reino (6 de agosto); Enrique afirmó que sentía por su pueblo amor de padre, pero exigió una sumisión inmediata, amenazando con hacer ahorcar á algunos centenares de personas si no se le obedecía en seguida, y no hubo medio de llegar á un acuerdo. Los días siguientes fueron terribles; los lansquenets se dedicaron á cazar niños y se comieron tres; la ciudad iba á verse obligada á rendirse á discreción, cuando, en 30 de agosto, se tuvo noticia de la aparición del ejército de socorro.

El duque de Parma, que ante una orden formal de Felipe II habíase decidido á desgarnecer los Países Bajos y á suspender la lucha contra las Provincias Unidas, entró en Francia al frente del ejército español y se reunió en Meaux con el duque de Mayenne que había juntado algunos millares de hombres. La Noue aconsejaba que se hostigara al enemigo sin dejar por esto el bloqueo de París; pero Enrique IV, tentado por la esperanza de vencer en formal batalla al más célebre capitán de la época, levantó el sitio y con todas sus fuerzas salió al encuentro de los españoles. El duque de Parma, que maniobraba para libertar á París sin aventurarse en una acción decisiva, llegó hasta más allá de Clayes, instaló su campamento entre el Marne y un marjal y se fortificó construyendo trincheras. La posición que ocupaba era tan fuerte, que los realistas no intentaron atacarla y se limitaron á observarla; el octavo día, el general español fingió querer combatir, y mientras Enrique IV adoptaba sus disposiciones para recibirle, dos de sus regimientos pasaron el Marne por un puente de barcas y, á cubierto del ejército real y delante de él, atacaron y tomaron Lagny (7 de septiembre). Parma, dueño de ambas orillas del río, se comunicaba libremente con París y aseguraba su abastecimiento.

París estaba salvada. Trece mil personas habían muerto de hambre; después del sitio, la fiebre mató á más de 30.000; por esto los predicadores ensalzaron hasta las nubes á la ciudad heroica. «Recuérdense los padecimientos del hambre, dice Panigarole, obispo de Asti, uno de los compañeros del Legado. No había carne, ni pescado, ni lactinios, ni fruta, ni legumbres;

casi diré que no había sol, ni cielo, ni aire... ¡Que se hable ahora del sitio de Betulia y del de Jerusalén! ¡Que se hable de Tito y de Sennacherib! ¡Es un milagro!» Era el milagro del fanatismo.

III.—El aislamiento después de la liberación

El ejército real estaba gravemente quebrantado sin haber combatido. Los hidalgos que en él servían á sus costas habían llegado al límite de su paciencia y de sus recursos, y Enrique IV, para evitar deserciones, los licenció quedándose sólo con las tropas que estaban á sueldo. Pero antes de abandonar la plaza de París, que ya había creído suya, quiso intentar un golpe de mano, y en la noche del 9 al 10 de septiembre sus soldados trataron de escalar las murallas por el lado del arrabal de Saint-Antoine. Algunos padres jesuitas que montaban la guardia en aquel sitio derribaron á los primeros asaltantes y pidieron auxilio, y los puestos cercanos tuvieron tiempo de acudir y de rechazar el ataque.

Tampoco pudo impedir el rey que Farnesio ocupara Saint-Maur, Charentón y Corbeil y abriera á los parisienses el valle del Sena, después de haberles abierto el del Marne, y aunque le persiguió en su retirada á los Países Bajos, no pudo causarle daño alguno.

Enrique IV no pensaba en reanudar el sitio; y puesto que no podía apoderarse de París por la fuerza, se dedicó á ocupar los castillos que protegían sus afueras y su campiña, y las plazas fuertes que aseguraban sus comunicaciones con el resto del reino. También aquello era un bloqueo, pero á distancia.

Apenas se hubieron alejado los españoles, los capitanes realistas recuperaron Lagny y Corbeil. París padecía nuevamente no hambre, sino miseria, pues las fuerzas realistas detenían los convoyes, los comerciantes y los viajeros no se arriesgaban á salir de la ciudad si no iban protegidos por fuertes escoltas, y ya no había trabajo ni dinero. A las puertas mismas de París, Saint-Denis estaba ocupada por una guarnición realista. Los ligueros hicieron un esfuerzo para romper aquel cerco, á cual fin el caballero de Aumale envió sus tropas á Saint-Denis, pasó los fosos por encima del hielo y escaló las murallas. Los defensores, sorprendidos, huyeron; pero el caballero, en vez de completar su victoria, corrió á encerrarse en la posada de la Espada Real, en donde se alojaba la hermosa Raverie, á la que en otro tiempo había amado; gracias á esto, el gobernador, De Vic, tuvo tiempo para recobrar, y reuniendo á algunos compañeros, cargó contra los asaltantes que se creían dueños de la situación. 1591 D'Aumale salió para hacer frente á la agresión y fué muerto; la Raverie reconoció su cadáver por las iniciales de amor «que mucho antes había grabado y marcado en los brazos» (3 de enero de 1591).

Enrique IV hizo una nueva tentativa contra París: sus soldados, disfrazados de labriegos y cargados con sacos de harina, presentáronse en la puerta de San Honorato, pero fueron recibidos á tiros de arcabuz (20 de enero). Los parisienses añadieron la Jornada de las Harinas á las cuatro fiestas revolucionarias que habían fundado en memoria de las derrotas de la realeza y de sus partidarios, á saber: la Jornada de las Barricadas,

la del Pan ó Paz, el Levantamiento del sitio y el Escalamiento.

Pero su gozo fué de corta duración. Enrique IV, que amenazaba Meaux y Pontoise, y que parecía tener puestas sus miras en Sens y Troyes, más allá de Provins, fué repentinamente á poner sitio á Chartres, uno de los graneros de la capital (9 de febrero). La emoción de los parisienses fué grande; 5.000 niños desfilaron en procesión por las calles, invocando la ayuda divina para la ciudad sitiada; los predicadores recomendaron á las oraciones del pueblo el granero de París, y el jueves, 7 de marzo, día del Evangelio de la Cananea, convirtieron en alegoría el relato del libro santo, diciendo que Chartres era la hija de la Cananea y que el diablo que la atormentaba era el Bearnés. Durante toda la cuaresma hubo un desbordamiento de injurias populacheras contra el rey á quien llamaban perro, hereje, hijo de..., ateo y tirano; y el mismo Miércoles Santo, el predicador de la Santa Capilla dijo en términos demasiado pintorescos para ser aquí reproducidos, que el Bearnés violaba á las monjas. La facultad de Teología acordó celebrar una romería á Nuestra Señora de Chartres si esta ciudad no era tomada; y fué tal el número de parisienses que acudieron á Nuestra Señora de París para asociarse «á este hermoso voto,» que murió asfixiado un niño y una mujer abortó.

Sin embargo, Chartres abrió sus puertas al rey de Francia (19 de abril). «Todos los párrocos y predicadores de París clamaron enérgicamente contra esa rendición de Chartres, y con las quejas y los lamentos que lanzaban desde sus pulpitos movían á piedad al pueblo bajo y hacían llorar á moco tendido á las mujeres con los lastimosos apóstrofes que dirigían á la Virgen, á la cual casi imputaban la culpa de lo ocurrido, censurándola porque los había dejado abandonados á su suerte, no obstante las hermosas plegarias, presentes y ofrendas que le habían hecho.»

La toma de Château-Thierry por Mayenne era una débil compensación de la pérdida de Chartres. La fe de los parisienses recibía chascos demasiado crueles, y en las clases inferiores comenzaban á notarse señales de fatiga; pero los 50 bribones (así llama L'Estoile á los caudillos de la Liga), con sus 50.000 partidarios, todavía eran dueños de la capital.

Enrique IV prosiguió su sistema de aislamiento, apoderándose de Louviers el 6 de junio y de Noyón el 19 de agosto, mientras sus lugartenientes, Montpensier y Birón, se hacían dueños de la mayor parte de Normandía; no pudiendo tomar París, rodeábala de una red casi continua de ciudades realistas.

CAPÍTULO III

LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA (1)

I. Papel del Papado. — II. Felipe II. — III. El duque de Saboya. — IV. Los Lorenas.

I.—Papel del Papado

De los dos enemigos coligados contra Enrique IV, España y la Iglesia, el más temible, después de la muerte de Sixto V, fué el segundo. Sixto V, en sus úl-

(1) FUENTES: *Mémoires de la Ligue*, IV. *Letras misivas*, tomo III. *Journal d'un curé ligueur*... seguido del *Journal du se-*

timos tiempos, habíase mostrado muy tibio con la causa de la Liga, cuya pretensión de dictarle su conducta le exasperaba. Escribíanle en términos respetuosos, pero explícitos, que debía guardarse de absolver al rey de Navarra y se le daba á entender que un relapso estaba definitivamente condenado, como si las llaves de San Pedro no tuviesen poder bastante para abrir el reino del cielo hasta á un apóstata; pero Sixto V se creía con derecho á hacer de aquel monarca, si se arrepentía, no sólo un católico, sino también un rey.

A pesar de las protestas de los ligueros, había dispensado una buena acogida al duque de Luxemburgo-Piney, delegado de los católicos realistas; y no obstante las pretensiones de España, habíase negado á excomulgar á los venecianos que se habían apresurado á reconocer á Enrique IV y le anticipaban dinero. El escándalo fué grande: en París, se indignaban contra aquel papa político; Felipe II mandó predicar contra él y un jesuita español se permitió acusarle desde el púlpito: «No sólo la república de Venecia favorece á los herejes; también... silencio, silencio, añadió poniéndose el dedo sobre la boca, los protege el mismo papa.»

Pero su muerte (27 de agosto de 1790) determinó un cambio: Urbano VII, que le sucedió, sólo unos días ocupó el trono pontificio; el papa elegido en 5 de diciembre, Gregorio XIV, fué acérrimo partidario de la Liga y de España, é intentó separar de Enrique IV á los príncipes, cardenales, señores é hidalgos que permanecían fieles al representante del derecho dinástico.

En un breve de 28 de marzo (1591) ordenó al cardenal de Borbón (2), «en virtud de la obediencia debida y bajo las penas eclesiásticas y la privación de su dignidad,» que abandonara inmediatamente á Enrique IV y á sus partidarios; y otros dos breves análogos dirigió al cardenal de Lenoncourt y al cardenal de Gondi, obispo de París, que, sin declararse adicto á Enrique IV, había dejado su sede y mantenía relaciones con los realistas.

El día 5 de abril, dirigiéndose á la nobleza, decía que no se explicaba por virtud de qué consejos los grandes del reino habían resuelto seguir «á aquellos que no

critaire de Philippe du Bec, archevêque de Reims, de 1588 à 1605, publicado por E. de Barthelemy, 1886. Isambert, Recueil des anciennes lois françaises, XV. Correspondance de Henri IV avec Roussat, maire de Langres, 1816. Correspondance du duc de Mayenne, 1590-1591, publicada por Henry y Lorique, Reims, 1860-1864, 2 vol. Correspondance du duc de Mercoeur et des Ligueurs Bretons avec l'Espagne, publicada por G. de Carné, Rennes, 2 vol., 1899. Herelle, La Réforme et la Ligue en Champagne, 1888. Palma Cayet, Chronologie novenaire. Pedro Matthieu, Histoire de Henri IV. De Thon, XI. D'Aubigné, VIII. Duplex, Histoire de Henry le Grand, 1633.

OBRAS DE CONSULTA: L'Epinois, *La Ligue et les papes*, 1886. Roucaute, *Le pays de Gévaudan au temps de la Ligue*, 1900. Fornerón, *Philippe II, IV. Gregoire, La Ligue en Bretagne*, 1856. Henry, *Intervention de Charles III, duc de Lorraine dans les affaires de la Ligue en Champagne, 1562-1596*, Nancy, 1864. Du Fayard, *Lesdiguières*. Prudhomme, *Histoire de Grenoble*, 1888. Papón, *Histoire de Provence*, 1786, III. Bonche, *La Chorographie ou description de Provence et l'Histoire chronologique du mesme pays*, 1664, II. Legré, *La Ligue en Provence*, 1867. Italo Raulich, *Storia di Carlo Emanuele*, II, 1588-1598, 1902. Hausser, *La Nonne*.

(2) El cardenal de Vendome, que había adoptado el nombre de cardenal de Borbón á la muerte de su tío, el rey de la Liga. Respecto de su oposición sorda al rey Enrique IV, véase la página 582.

tienen en su favor ni siquiera los derechos de la sangre, perdidos por su culpa y por sus acciones, á aquellos que no han recibido la sucesión del reino, porque han abandonado la fe de sus mayores; porque no pueden ser dignos del reino los que están privados del socorro del cielo, y no hay reino allí donde existe transgresión de las leyes divinas y humanas.» El nuncio Landriano partió para Francia llevando dos monitorias que declaraban una vez más la destitución del rey y pronunciaban la pena de excomunicación contra los prelados, los individuos del Tercer Estado y los nobles que se obstinaban en mantenerse fieles al hereje.

Las bulas se fijaron en Nuestra Señora el día 3 de junio de 1591.

El rey no dejó sin respuesta esta nueva declaración de guerra, y promulgó varias letras patentes confirmando la promesa que había hecho en 4 de agosto de 1589 de conservar íntegra la religión católica y de someterse á un concilio santo y libre. En vano, decía, amparábase la rebeldía contra su autoridad «tras un santo nombre de religión;» las ligas y asociaciones que los rebeldes habían hecho con el rey de España y con los duques de Saboya y de Lorena para la desmembración del reino eran testimonio bastante de que «esta perturbación no es sino una facción de estado y de que sostiene esta guerra únicamente en tráfico y comercio y sólo para beneficiarse con ella.» En nombre de las libertades de la Iglesia galicana y de las «dignidades y autoridades de este Estado,» protestaba de los abusos, empresas y atentados del Nuncio y ordenaba á sus funcionarios que procedieran contra él (4 de julio de 1591).

Por medio de un edicto del mismo mes (Edicto de Mantes), que fué una réplica aun más atrevida, revocaba todos los edictos contra los reformados publicados por Enrique III en 1585 y 1588 bajo la presión de la Liga, y restablecía implícitamente el estado de tolerancia creado por el Edicto de Poitiers (1577). En el momento en que invocaba el auxilio de la Europa protestante, era natural que asegurase á los correligionarios de ésta la libertad de conciencia. Pero el Edicto de Mantes tenía mucho mayor alcance; los edictos de 1585 y 1588 habían proclamado su destitución como hereje; por consiguiente, anularlos era declarar, en respuesta á las bulas del papa, que la Iglesia nada podía contra el derecho monárquico.

A su vez los parlamentos realistas replicaron á las bulas como galicanos exasperados. La sala del Parlamento que funcionaba en Chalóns, sin aguardar las órdenes del rey (10 de junio), casó, anuló y revocó dichas bulas y prometió diez mil libras á quien entregara á la justicia al portador de las mismas, Landriano, supuesto nuncio, «que ha entrado en este reino clandestinamente sin licencia ni permiso del rey.» El parlamento de Tours declaró «las bulas monitorias dadas en Roma el 1.º de marzo de mil quinientos noventa (1591), nulas, abusivas, sediciosas, condenables, llenas de impiedades y de imposturas, contrarias á los santos decretos, derechos, franquicias y libertades de la iglesia galicana;» ordenó que fuesen rasgadas y quemadas; prohibió á todos los prelados, párrocos, vicarios y demás eclesiásticos que las publicaran «bajo crimen y pena de lesa majestad;» declaró «á Gregorio, supuesto papa, [décimo] cuarto de su nombre, enemigo de la paz, de la unión

de la iglesia católica, apostólica y romana..., adicto á la conjuración de España y fautor de los rebeldes, culpable del muy cruel, muy inhumano y muy detestable parricidio cometido en la persona de Enrique III;» y dispuso que «Marcelino Landriano, supuesto nuncio del dicho Gregorio, fuese arrestado y llevado preso á la conserjería del Palacio, para incoarle allí proceso hasta sentencia definitiva.»

Y no eran vanas amenazas, sino que cualquiera que hubiese sido cogido llevando encima copia de las bulas, habría pagado con su vida tal atrevimiento. El nun-



Alejandro Farnesio

cio no encontró nadie que quisiera encargarse del breve destinado al cardenal de Lenoncourt; Mayenne, á quien pedía que lo transmitiera, le contestó que hacerlo equivalía á enviar á un trompeta á la muerte.

Los prelados realistas se congregaron en Chartres para tomar una resolución (septiembre de 1591); pero debían ser muy pocos en número, pues en aquella fecha, sólo algunos obispos se atrevían á abrazar la causa. La mayoría de las ciudades episcopales eran de la Liga, y ningún obispo realista habría podido mantenerse en ellas contra el papa, los párrocos, los monjes y el pueblo; en efecto, Fumée, obispo de Beauvais, Felipe du Bec, obispo de Nantes, y Renato de Beaune, arzobispo de Bourgues, que se habían declarado partidarios de Enrique IV, habían sido expulsados de sus sedes á permanecían alejados de ellas. La asamblea de Chartres, dice el historiador Palma Cayet, «fué célebre y ó ella asistieron muchos prelados y eclesiásticos de diversos puntos de Francia y hasta muchos arzobispos y obispos de las ciudades de la Unión...» Este dato vago tiene trazas de exageración.

El vicelegado de Francia, Segá, denunciaba á Roma, en 10 de julio de 1591, á los cuatro «muy escandalosos y culpables prelados» que habían firmado el Edicto de